





La columna de Ignacio Echeverría

El muro

Semanas atrás se publicó en estas mismas páginas una extensa entrevista con el novelista Gonzalo Contreras. En ella destacaban unas declaraciones hechas a propósito de Roberto Bolaño. La entrevistadora, María Teresa Cárdenas, le preguntaba a Contreras si le parecía que, a diez años de su muerte, el influjo de Bolaño había cambiado la literatura chilena, y recibía por respuesta una confusa andanada sobre "la moral unívoca" de la obra de Bolaño, que según Contreras estaría determinada por "una especie de apocalíptica" detrás de la cual solo hay "un furioso sermón". Haciéndose un lío, Contreras terminaba comparando a Bolaño con Melville, y zugurando que "dentro de veinte años va a estar en el mismo anaquel del Melville de Moby Dick, digamos, en la literatura juvenil".

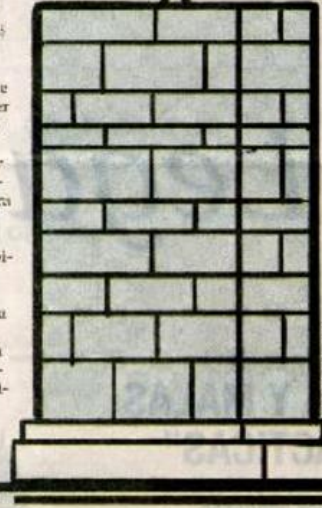
Se equivocó Contreras. Pensando que le daba una estocada, situaba a Bolaño en el más alto escalafón al que podía aspirar, en compañía nada menos que de Melville y de la más grande novela que se haya escrito en América, un prodigioso remix épico de la Biblia, de Shakespeare y de la Enciclopedia.

Llevaba razón Agustín Squella en su "carta al director" de este periódico, publicada el pasado 27 de agosto, en réplica a las declaraciones de Contreras: "Lo mejor que puede ocurrir a un joven es empezar a leer temprano literatura adulta". Seguramente es por haberse demorado en hacerlo que Contreras padece tan lamentable confusión. Tal vez leyó Moby Dick en una de esas nefastas versiones abreviadas que tanto abundan en las colecciones juveniles a las que él alude. Tal vez se piensa, por eso mismo, que Stevenson y Conrad y Kipling son también autores que pertenecen a la literatura juvenil. Y quién es el guapo que lo saca de su error, a estas alturas.

El caso es que Contreras dejaba sin responder la pregunta que le hacía la entrevistadora. No decía si le parecía o no que la literatura chilena había cambiado bajo el influjo de Bolaño. La verdad es que no cualquiera se anima a responder una pregunta así. Por mi parte, yo tampoco sabría qué decir. A lo mejor también me daba por hablar de mis lecturas juveniles y lo mezclaba todo, haciéndome un lío, para despistar.

Las palabras de Contreras, por otro lado, delataban una susceptibilidad bastante justificable. Haya ejercido o no algún influjo en la nueva literatura chilena, Bolaño ha levantado un muro en medio de ella. Lo ha levantado, de hecho, en medio de la literatura latinoamericana, que —de modo bastante antinatural, todo sea dicho— ha quedado escindida, a partir del gran boom de la obra de Bolaño, en un antes y un después. A un lado, los narradores surgidos detrás de Bolaño. Al otro, los

Haya ejercido o no algún influjo en la nueva literatura chilena, Bolaño ha levantado un muro en medio de ella.



que ya eran más o menos conocidos antes que él.

Esta escisión opera sobre todo en los circuitos internacionales, receptivos a una "nueva" literatura latinoamericana que por lo común obtiene ese marchamo, el de "nueva", por haber emergido con posterioridad a Bolaño, quien habría actuado como catalizador del renovado interés por los escritores del continente.

No hace falta decir las injusticias a que ello ha dado lugar, más que suficientes como para despertar susceptibilidades como la de Contreras. En su caso particular, ello se suma al rápido desgaste y olvido que, por varios motivos (que sería interesante sondear), ha padecido la llamada "nueva narrativa chilena" de los noventa, de la que él es miembro muy representativo, y que fue objeto, por si fuera poco, de algunas pullas gratuitamente crueles por parte del mismo Bolaño.

Sin abandonar el terreno de Chile, me da la impresión de que los más visibles entre sus jóvenes narradores, como Alejandro Zambra, en muy destacado lugar, seguido de autores como Alvaro Bisama, Carlos Labbé o el mucho más joven Diego Zúñiga, no tienen demasiado en cuenta, al menos en sus propias declaraciones, a escritores tan apreciables como Alberto Fuguet o Rafael Cumucio, por ejemplo, que para mí, quizás por hallarme lejos, constituyen precedentes muy reconocibles de sus respectivas direcciones literarias, pero cuyas trayectorias, por haberse dado a conocer antes del gran boom de Bolaño, parecen haber quedado como suspendidas en el aire, al menos en lo relativo a la percepción que de ellos se tiene en España, lo que vale por decir en buena parte de Latinoamérica.

Cabría buscar paralelismos en otros países, donde se dibujó una semejante situación, aunque quizás con menos dramatismo que en Chile.

Cabría también establecer paralelismos, o más bien contrastes, entre lo que vengo a decir que ha ocurrido con Bolaño y lo ocurrido cuando la explosión del famoso boom de la narrativa latinoamericana en los años sesenta.

Como sea, resulta lamentable, aunque comprensible, que las iras caigan sobre Bolaño, cuya culpa no es otra que la de haber sido un escritor extraordinario, cuyo éxito ha removido todas las coordenadas conforme a las que establecer la cartografía de la literatura latinoamericana. Una literatura que, en conjunto, padece todavía un problema endémico de ordenamiento y evaluación motivado por el engañoso ecumenismo de ese adjetivo, el de "latinoamericana", que camufla los muy distintos linajes que la conforman, y cuyos mecanismos de consagración se hallan supeditados a los malentendidos y las insuficiencias a que da lugar su circulación internacional.

El muro [artículo] Ignacio Echeverría

Libros y documentos

AUTORÍA

Echeverría, Ignacio

FECHA DE PUBLICACIÓN

2013

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El muro [artículo] Ignacio Echeverría

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile